

MIÉRCOLES DE CENIZA

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS CON IMPOSICIÓN DE LA CENIZA

La celebración se inicia con un canto apropiado, en una mesa se dispone la Ceniza previamente bendecida por el Sacerdote.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R. Amén.

Si preside un presbítero o un diácono, hace el saludo,

El Señor esté con ustedes.

R. Y con tu espíritu

Si preside un ministro no ordenado va directamente a la monición

MONICIÓN INICIAL

Con el miércoles de Ceniza la Iglesia inicia un gran tiempo de gracia: la Cuaresma. Este tiempo nos invita a renovar nuestro compromiso bautismal, asumiendo las enseñanzas de Jesucristo por medio de la oración, la penitencia, ayuno, arrepentimiento y obras de caridad. Este es un tiempo sagrado que nos prepara para la gran solemnidad de la Pascua y nos concede la gracia de experimentar la misericordia divina que siempre acoge al pecador. Llenos de regocijo participemos de esta celebración.

Oremos.

Concédenos, Señor nuestro,
iniciar con el santo ayuno cuaresmal un camino de
verdadera conversión
y de afrontar con la penitencia la lucha contra el espíritu del mal.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la
unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.
R. Amén.

Comentario a la primera lectura (Jl 2, 112-18) (Conviértanse al Señor, su Dios)

En la primera lectura que vamos a escuchar, el profeta Joel nos invita con insistencia a la conversión, que consiste en un volver a Dios por medio de la oración, el ayuno y la penitencia. Escuchemos.

PRIMERA LECTURA

Lectura de la profecía de Joel 2, 12-18

«Ahora —oráculo del Señor— convertíos a mí de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto.

Rasguen los corazones y no las vestiduras; conviértanse al Señor, Dios suyo, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad; y se arrepiente de las amenazas.»

Quizá se arrepienta y nos deje todavía su bendición, la ofrenda, la libación para el Señor, su Dios.

Toquen la trompeta en Sión, proclamen el ayuno, convoquen la reunión. Congreguen al pueblo, santifiquen la asamblea, reúnan a los ancianos. Congreguen a muchachos y niños de pecho.

Salga el esposo de la alcoba, la esposa del tálamo.

Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: —«Perdona, Señor, a tu pueblo; no entregues tu heredad al oprobio, no la dominen los gentiles; no se diga entre las naciones: ¿Dónde está su Dios?

El Señor tenga celos por su tierra, y perdone a su pueblo.»

Palabra de Dios

R/. Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL

Salmo responsorial Sal 50, 3-4. 5-6a. 12-13. 14 y 17 (R/.: cf. 3a)

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R/.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces. R/.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. R/.

Comentario a la segunda lectura (2 Corintios 5, 20-6,2) (Déjense reconciliar por Dios)

San Pablo nos exhorta a dejarnos reconciliar por Dios y nos recuerda que Cristo, a pesar de no cometer pecado, cargó los pecados de la humanidad.

SEGUNDA LECTURA

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 5, 20 - 6, 2

Hermanos:

Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios. Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios.

Secundando su obra, los exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios, porque él dice:

«En tiempo favorable te escuché, en día de salvación vine en tu ayuda»; pues miren, ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación.

Palabra de Dios

R/. Te alabamos, Señor.

Comentario al Evangelio (Mt 6, 1-6.16-18) (Limosna, oración y ayuno)

El Señor Jesús nos presenta el camino para este tiempo cuaresmal: limosna, oración y ayuno; los cuales deben ser practicados con verdadera religiosidad e interioridad de espíritu.

EVANGELIO

Lectura del santo evangelio según san Mateo 6, 1-6. 16-18

Jesús dijo a sus discípulos:

Tengan cuidado de no practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos: de lo contrario, no recibirán ninguna recompensa del Padre que está en el cielo. Por lo tanto, cuando des limosna, no lo vayas pregonando delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. Les aseguro que ellos ya tienen su recompensa.

Cuando tú des limosna, que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes oren, no hagan como los hipócritas: a ellos les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos. Les aseguro que ellos ya tienen su recompensa.

Tú, en cambio, cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como hacen los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan. Les aseguro que ya han recibido su recompensa.

Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno no sea conocido por los hombres, sino por tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Palabra del Señor

R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.

Reflexión

Mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma del 2019

«LA CREACIÓN, EXPECTANTE, ESTÁ AGUARDANDO LA MANIFESTACIÓN DE LOS HIJOS DE DIOS» (Mt 24,12).

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, a través de la Madre Iglesia, Dios «concede a sus hijos anhelar, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua, para que (...) por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios» (Prefacio I de Cuaresma). De este modo podemos caminar, de Pascua en Pascua, hacia

el cumplimiento de aquella salvación que ya hemos recibido gracias al misterio pascual de Cristo: «Pues hemos sido salvados en esperanza» (Rm 8,24). Este misterio de salvación, que ya obra en nosotros durante la vida terrena, es un proceso dinámico que incluye también a la historia y a toda la creación. San Pablo llega a decir: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (Rm 8,19). Desde esta perspectiva querría sugerir algunos puntos de reflexión que acompañen nuestro camino de conversión en la próxima Cuaresma.

1. LA REDENCIÓN DE LA CREACIÓN

La celebración del Triduo Pascual de la Pasión, muerte y Resurrección de Cristo, culmen del año litúrgico, nos llama una y otra vez a vivir un itinerario. Se trata del pecado que lleva al hombre a considerarse el dios de la creación, a sentirse su dueño absoluto y a no usarla para el fin deseado por el Creador, sino para su propio interés, en detrimento de las criaturas y de los demás. Cuando se abandona la ley de Dios, la ley del amor, acaba triunfando la ley del más fuerte sobre el más débil. El pecado que anida en el corazón del hombre (cf. Mc 7,20-23) —y se manifiesta como avidez, afán por un bienestar desmedido, desinterés por el bien de los demás y a menudo también por el propio— lleva a la explotación de la creación, de las personas y del medio ambiente, según la codicia insaciable que considera todo deseo como un derecho y que antes o después acabará por destruir incluso a quien vive bajo su dominio.

3. LA FUERZA REGENERADORA DEL ARREPENTIMIENTO Y DEL

PERDÓN Por esto, la creación tiene la irrefrenable necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios, aquellos que se han convertido en una «nueva creación»: «Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (2 Co 5,17). En efecto, manifestándose, también *la creación puede “celebrar la Pascua”*: abrirse a los cielos nuevos y a la tierra nueva (cf. Ap 21,1). Y el camino hacia la Pascua nos llama precisamente a restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el arrepentimiento, la conversión y el perdón, para poder vivir toda la riqueza de la gracia del misterio pascual.

Esta «impaciencia», esta expectación de la creación, encontrará cumplimiento cuando se manifiesten los hijos de Dios, es decir, cuando los cristianos y todos los hombres emprendan con decisión el «trabajo» que supone la conversión. Toda la creación está llamada a salir, junto con nosotros, «de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,21). La Cuaresma es signo sacramental de esta conversión, es una llamada a los cristianos a encarnar más intensa y concretamente el misterio pascual en su vida personal, familiar y social, en particular mediante el ayuno, la oración y la limosna.

Ayunar, o sea, aprender a cambiar nuestra actitud con los demás y con las criaturas: de la tentación de «devorarlo» todo, para saciar nuestra avidez, a la capacidad de sufrir por amor, que puede colmar el vacío de nuestro corazón. *Orar* para saber renunciar a la idolatría y a la autosuficiencia de nuestro yo, y declararnos necesitados del Señor y de su misericordia. *Dar limosna* para salir de la necesidad de vivir y acumularlo todo para nosotros mismos, creyendo que así nos aseguramos un futuro que no nos pertenece. Y volver a encontrar así la alegría del proyecto que Dios ha puesto en la creación y en nuestro corazón, es decir, amarle, amar a nuestros hermanos y al mundo entero, y encontrar en este amor la verdadera felicidad.

Queridos hermanos y hermanas, la «Cuaresma» del Hijo de Dios fue un entraren el desierto de la creación para hacer que volviese a ser aquel *jardín* de la comunión con Dios que era antes del pecado original (cf. Mc 1,12-13; Is 51,3). Que nuestra Cuaresma suponga recorrer ese mismo camino, para llevar también la esperanza de Cristo a la creación, que «será

liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,21). No dejemos transcurrir en vano este tiempo favorable. Pidamos a Dios que nos ayude a emprender un camino de verdadera conversión. Abandonemos el egoísmo, la mirada fija en nosotros mismos, y dirijámonos a la Pascua de Jesús; hagámonos prójimos de nuestros hermanos y hermanas que pasan dificultades, compartiendo con ellos nuestros bienes espirituales y materiales. Así, acogiendo en lo concreto de nuestra vida la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte atraeremos su fuerza transformadora también sobre la creación.

Vaticano, 4 de octubre de 2018
Fiesta de San Francisco de Asís

Oración de los Fieles

Unidos en la fe, presentemos nuestras súplicas al Señor para que, en su nombre, iniciemos este tiempo de gracia y de esperanza.

R. Te rogamos, óyenos.

§ Para que tu Iglesia, en este tiempo de gracia y de esperanza, pueda indicar a todos los caminos de la reconciliación, roguemos al Señor. R.

§ Para que los que dirigen los destinos de los pueblos orienten sus esfuerzos a la búsqueda de espacios para el diálogo fraterno que reconcilia y renueva la sociedad humana. R.

§ Para que las obras concretas de caridad y de amor por el que sufre, nos permitan descubrir en el hermano el rostro del Señor. R.

§ Para que este tiempo que es un camino de vida y de paz, nos disponga para celebrar con un corazón reconciliado, la Victoria Pascual de Jesús sobre el pecado y sobre la muerte. R.

Padre nuestro

Digamos ahora juntos las palabras que Jesús nos enseñó:

Padre nuestro, que estás en el Cielo,
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu Reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

Imposición de la Ceniza

Comentario

Este rito nos recuerda que somos pecadores, que estamos llamados a una permanente conversión y a creer en el evangelio.

Participemos con fe.

Ahora el que preside toma con toda reverencia la ceniza bendecida que ha llevado y luego de decir la siguiente oración, procede a la imposición del Signo.

Oh Dios que te dejas vencer por el que se humilla y encuentras agrado en quien expía sus pecados escucha benignamente nuestras súplicas y haz que descienda tu gracia sobre estos siervos tuyos que van a recibir la ceniza, para que, fieles a las prácticas cuaresmales, puedan llegar, con el corazón limpio, a la celebración del Misterio Pascual de tu Hijo, Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

El que preside:

Acerquémonos, pues a la gracia de este signo en el cual el Señor nos invita a la conversión.

Luego se impone la ceniza a todos los presentes, a cada uno se le dice:

Conviértete y cree en el Evangelio.

O bien:

Acuérdate que eres polvo y al polvo volverás.

Y a medida que la van recibiendo los fieles se entonan algunos salmos penitenciales o un canto apropiado.

Se concluye con estas palabras:

El Dios de toda gracia,
que los ha llamado en Cristo a su eterna gloria,
los afiance y los conserve fuertes y constantes en la fe. **R.** Amén.

Si preside el diácono, dice:

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
desienda sobre ustedes y permanezca para siempre. **R.** Amén.